Esas mañanas frías:

En otoño pero más en invierno, recuerdo el rocío de la mañana sobre el pasto, cuando muy temprano por la Canchita del Barrio Obrero voy descalzo haciendo girar mi suncho.

En las esquinas por la columna de caranday, la tenue luz del farol alumbra todavía un poco hasta que amanezca y salga el sol a plenitud, será otro día muy claro con el cielo despejado, como fueron las mañanas de invierno con viento suave del Sur.

Ahora cruzo la calle Silvio Pettirossi y me subo a la vereda del Almacén “El Toro de Don Víctor Espinoza y Ña Conché”, en el Barrio Obrero de antaño, el más populoso almacén.

Salí muy temprano haciendo rodar mi suncho
porque se acabó el azúcar, y tenía que venir a comprar porque estoy sin tomar mi cocido negro bien caliente en la cocina, con tortillitas y galleta Bermejo, para luego irme a la Escuelita San José Artesano, entrando por el Paú Poí.

Cada tarde mis hermanas se reunían en un corredor de la casa paterna de mi infancia, adolescencia y juventud.
Sobre la calle Alberzoni y a unos pasos de la Bahía del Arroyo Ñeembucú hacia el norte.
Allí mis hermanas con mi mamá, Maria Pabla, se ayudan entre todos haciendo mosquiteros y terminando algunas prendas sobre pedido, de camisas, pamtalones etc. Recuerdo por ejemplo que Olga sobresalía como Modista.
Y allí en ese corredor como taller, todas se ayudan pedaleando la máquina de coser “Singer”.

Las que se han independizado y formaron familia como Erme y Olga, traían sus propios quehaceres de sus casas, son aquellas tareas domésticas propias de las amas de casa.
Yo veía que tejen su “crochet”, cortan tela, sacan modelos, pegan botones, desgranan choclo o limpian porotos luego de sacarlos de sus vainas.

En aquél entonces, Lilí, Dulci y Alida seguían todavía en la casa, y seguro que cada una de mis hermanas tenían sus propios proyectos de vida.

Y yo recuerdo esas alegrías de la vida sencilla cuando la familia se reúne en el corredor bajo techo.
Eran esas tardes de viento sur en invierno, cuando ya pasó el sol hacia el ocaso, ha dejado el corredor de la casa como un lugar tibio y acogedor.

Eran esas tardes de entretenido comentario que se cruzan entre ellas parecido a un alboroto, hablan de las cosas que ocurren en el Barrio Obrero, y solo bajaban la voz cuando empieza la radionovela de un tal “Lucero Sombra”.

En esas tardes de invierno pasan tomando un mate llamado “Misky”, algo así me sonaba y era raro porque antes de cada cebada ponen un poco de azúcar en un pequeño recipiente enlozado con asa, donde se mezcla la yerba con café con un poquito de azúcar.

Se vierte encima el agua caliente y se sorbe con bombilla, así sucesivamente, mientras comen galletitas surtidas que traía mi mamá de sus viajes a Puerto Bermejo, Argentina.

Y si la memoria no me falla, cada episodio, del tal “Lucero Sombra”, recitaba:
"Quiero morir cuando descienda el día”.
“Con la cara al sol y la mirada al cielo”.
“Como una paloma que remonta el vuelo".
Me tenían muy "jodido" porque cuando eso ya terminaban con el azúcar sin percatarse.

Y no me quedaba otra que salir muy temprano por la mañana para reponer y tomar mi cocido negro bien caliente con “cuerito”, o con tortilla entre galleta Bermejo.
Voy así poco antes que salga el sol a comprar azúcar haciendo rodar mi suncho hasta el “Almacén el Toro”, en “Esas mañanas frías”.

Vuelvo ahora para recrearte ese tiempo y ese trayecto por la Canchita yendo al Almacén El Toro, de cuando ese costado de la Canchita pegado a la alambrada tenía como un surco el caminito entre el “pasto cabayú”.

Fueron días de invierno con mañanas frías y amaneceres soleados.
Fueron esas mañanas cuando empiezan a salir apenas los primeros rayos del sol, largos como espadas de oro.
Pero muy tibio todavía que apenas disipa la niebla.
Se va evaporando poco a poco el rocío, y hace que vea entre brumas a tres caballos como de humo con sus cuerpos calientes, despide ese vapor que todo transfigura.

Con el sol lentamente asomando esos días de invierno fueron de lo más agradable en todo su esplendor, porque el entorno vuelve poco a poco a ser tan brillante y se siente cálido.

Al mirar arriba veo un cielo de color azul con algunas nubes blancas que parecen copos de algodón, viajan empujados por el viento Sur.

Llegará el día en que también me iré, y dejaré estos lugares como recuerdos, para ser aquél migrante que aprendió a tejer una telaraña de rocíos, dónde atrapar los sueños de su juventud.

En una de “esas mañanas frías” de otoño, pero más en invierno, empujado por el viento Sur, un
día me iré con ellas invitado por estas nubes que parecen copos de algodón.
Pero en ese tiempo en que era todavía un mitaí, me invitaron a que siga soñando.
Hernán Benítez Denis